

Tipología en torno a la lengua vasca

Luis Michelena

TIPOLOGIA EN TORNO A LA LENGUA VASCA

LUIS MICHELENA

Como dijo Vittore Pisani, y llevo años repitiendo en clase, las coincidencias de todo carácter que se observan entre dos (o más) lenguas pueden agruparse en dos grandes apartados. Las hay que tienen causa histórica, que están motivadas por el pasado y el presente de las comunidades que hablan esas lenguas, y las hay que no tienen fundamento histórico. Así, por ejemplo, por citar una coincidencia formal, no material, el vasco, al igual que el rumano (o el búlgaro o lenguas germánicas escandinavas), lleva el artículo determinado pospuesto al nombre. Pero no se podría atribuir gran peso a este acuerdo, ya que, si una lengua posee artículo (falta, como se sabe, en otras lenguas eslavas, empezando por el ruso), éste no puede ocupar más que dos posiciones con respecto al nombre que determina: o va delante de él o va detrás o, en términos más distinguidos, va antepuesto o pospuesto. Y el rumano y el vasco, por condicionamientos que eran sin duda distintos en cada caso, eligieron, o se vieron forzados a elegir, la segunda posición. Era como tirar una moneda al aire: o sale cara o sale cruz y si no hay algún *bias* en la moneda o en el que la lanza, las probabilidades se reparten mitad y mitad.

Se podría, pues, decir que hay en las lenguas, como en las especies vivientes, homologías entre elementos que tienen su firme raíz en las líneas seguidas por la evolución y meras analogías, que son insignificantes, en el sentido propio de que no significan nada.

Semejanzas y desemejanzas entre lenguas sirven, entre otras cosas, para intentar clasificarlas, pero toda clasificación depende del punto de vista que para hacerla se ha escogido, de los criterios de que nos hemos valido. Según unas palabras de Jakobson, que han sido repetidas y comentadas a menudo, tendríamos, en primer lugar, el parentesco genético, el que a menudo solemos abreviar en parentesco a secas; en segundo, la afinidad (la que se observa, valga decir, entre vasco y castellano), y, en tercero, el parentesco tipológico. Los dos primeros tienen, sin duda, explicación histórica: el que acertemos o no a encontrarla, depende de nuestros conocimientos y de nuestra agudeza de ingenio. En el caso del parentesco genético (no genealógico,

por favor, que no estamos tratando de Grandes de España), la raíz, como en las semejanzas familiares, se encuentra en el origen común. Y la afinidad, de la que han tratado en detalle Kr. Sandfeld o el mismo Jakobson, entre otros, se basa en la vecindad espacial (y cultural), en otras palabras, en el contacto, que supone siempre convivencia y conflicto.

El parentesco tipológico (que no implica isomorfismo de ninguna clase, contra lo que quiere Jakobson, si debemos respetar el valor fuerte de las palabras y no jugar con ellas) no entraña razones históricas. Puede darse, y según dicen se da, entre el turco y el quechua, lenguas separadas por distancias enormes que, por cuanto sabemos, no fueron menores en épocas lejanas. Esto no quita, sin embargo, que el parentesco tipológico pueda también deberse a causas históricas: al origen común, desde luego, y acaso también, hasta cierto punto, a la afinidad, aunque esto ya sea mucho más dudoso.

Conforme a una concepción ya antigua de Coseriu, hay algo que una lengua —mejor, una familia de lenguas como la románica— puede conservar y conserva por siglos: lo que él llamó el «tipo». Y, aunque éste no sea exactamente el tipo de los aficionados a la tipología lingüística, no deja de coincidir con él en rasgos esenciales. Una consecuencia de la comunidad genética es, de acuerdo con la opinión común, una cierta semejanza, que no deja de ser perceptible o pesar de enormes cambios. Así, sin ir más lejos, es un hecho de experiencia que, para una persona castellana de primera lengua, le resulta mucho más fácil aprender catalán, italiano o hasta francés o rumano que vasco, a pesar de que esta lengua, como resultado de más que centenarias relaciones de contigüidad, presente muchos rasgos que se pueden calificar sin mayor impropiedad de 'españoles'. Pero hay otros, y decisivos, que no cabría apellidar así en modo alguno.

Es sabido, y no voy a hacer aquí la historia de esta complicada actividad, que los intentos de clasificar las lenguas de Europa y sus aledaños primero, más tarde de las lenguas del mundo entero, empiezan ya en el siglo XIII por lo menos, con gentes como don Rodrigo Jiménez de Rada, navarro al servicio de Toledo, que suelen basarse en el relato, Génesis cap. 11, de la confusión de Babel, así como en la lista de las stirpes procedentes de los hijos de Noé, contenida en el capítulo anterior, y también, y esto es importante, en datos menos librescos como los obtenidos de observaciones personales, directas o indirectas. Todos conocemos, además, que estas tentativas, unidas a la reunión y publicación de materiales de distintas lenguas, se prosiguen cada vez con mayor empeño en los siglos XVI, XVII y XVIII (gente tan ilustre como Leibniz se ocupó de ello), de suerte que Hervás y Panduro más bien constituye la culminación de una época pasada que el albor que anuncia la era que había de sucederle.

Esta se abre a finales del siglo XVIII y principios del siguiente y viene a suponer, a la larga más que en el momento mismo, la separación de dos puntos de vista que, aunque interrelacionados como hemos visto, no pueden o no deben confundirse entre sí. Me refiero, claro está, a que, no sin ganga de otras concepciones, terminó por quedar aislada y explícita la idea ya repetidamente mencionada del parentesco genético, debido a un origen común (idea que ya se encuentra claramente expresada en una carta de J. Ludolf a Leibniz, en 1691, mucho antes por lo tanto que el famoso discurso de Sir William Jones): este nombre suele ir unido al de autores tan conocidos como Rask, Bopp, Jakob Grimm, y alguno más esotérico, como Gyármathi, al hablar de la aparición de lo que después había de ser la lingüística comparada o la comparación lingüística *kat' exokhén*.

Y digo por antonomasia porque es evidente, como ya entonces tenía que verse, que dos o más lenguas pueden ser comparadas bajo diversos respectos y no solamente en cuanto a su posible origen común. La clasificación genética, que llevaba a resultados como la constitución de familias de lenguas, que algunas ya estaban reconocidas *avant le mot* como tales (así las románicas, las germánicas, las eslavas e incluso las semíticas), pero también de agrupaciones más atrevidas: lenguas indoeuropeas, fino-ugrias luego urálicas, hamito-semíticas, etc.

Este modo de clasificación adolecía, sin embargo, y adolece hoy, de una grave deficiencia: no puede llevar a clasificaciones exhaustivas, ya que muchas lenguas aisladas (el vasco y el burushaski actuales, al igual que el sumerio, el elamita, el ibérico o, según la opinión más extendida, el etrusco del pasado) no encuentran cobijo en ella. Lo malo es que este defecto no es corregible. Podemos, pues, esperar nuevos descubrimientos que acaben con el aislamiento de algunas lenguas o agrupen familias antes separadas en *phyla* más amplios. Pero el método tiene sus límites y no alcanza a reconocer parentescos cuyo punto inicial está demasiado alejado en el tiempo; la documentación de que disponemos y dispondremos, que tiene que ser escrita, encierra la historia de las lenguas dentro de un período que, incluso en los casos más favorables, es ridículamente exiguo si se pone en relación con la antigüedad del lenguaje oral.

Además de este carácter parcial por no exhaustivo a que acabo de referirme, la clasificación genética es también parcial en otro sentido: en el de que no acierta a tomar en cuenta las coincidencias y disimilitudes estructurales entre las lenguas, las que afectan a la forma y no a la materia fónica de los términos comparados. El ejemplo más sencillo podría ser el de las técnicas de composición de palabras. El inglés *backbone* y el vasco *bizkarrezur*, 'espinazo, espina dorsal', no suenan igual ni parecido. Están de acuerdo, sin embargo, en ser compuestos, palabras únicas, formadas de dos, cada una de las cuales

puede también ser empleada como forma libre: *back* y *bone*, *bizkar* y *hezur*. Y los términos homólogos los que podríamos tomar como versión uno del otro, *back* y *bizkar* 'espalda, dorso', *bone* y *hezur* 'hueso' aparecen en el compuesto en el mismo orden en una lengua y en la otra. Esto mismo sería tan raro en castellano, que bien podemos calificarlo de imposible. Incluso en un monstruo reciente como *cantautor*, que se aproxima de alguna manera al modelo inglés, el primer miembro parece tener un carácter verbal, indeterminado en cuanto a cualquiera de las modalidades que una forma verbal puede recibir, y hasta en lo referente a su condición finita o infinita.

Lo que antecede equivale a decir que no había razón, por mucho que se buscara descubrir parentescos genéticos, para abandonar los intentos de establecer clasificaciones tipológicas y, como consecuencia, de mejorar las ya existentes. De la primera etapa de investigación de hechos en las lenguas más diversas y de elaboración conceptual, nos quedan todavía, si no esquemas generales, sí al menos denominaciones que, no por haber dejado de pertenecer a marcos más amplios, han cesado de estar en uso. Así se habla todavía, como contrapuestas en el límite, de lenguas sintéticas y analíticas o de aglutinantes y flexivas, pongamos por caso.

Acaso la culminación de las corrientes iniciales se halle en el librito de Fr. N. Finck, *Die Haupttypen des Sprachbaues*, 1910, que llegó a establecer, convencido de que las casillas arbitradas hasta entonces no eran suficientes, ocho tipos lingüísticos que ejemplificó con ocho lenguas. Finck, y no ha sido el último, creyó que la red empleada en las clasificaciones anteriores no era lo suficientemente fina, y trató de introducir una malla más adecuada.

Pero la falla de la concepción que bien podemos llamar clásica no se halla precisamente en la escasez de subgrupos, sino ante todo en la heterogeneidad de los criterios que sirvieron para establecerlos. Aquí mismo, y a simple vista, no podemos menos de echar de ver que, por ejemplo, analítico/sintético y aglutinante/flexivo no son particiones que se hayan hecho según un mismo eje o, si se prefiere, una misma dimensión. Como, al decir de los matemáticos, toda partición determina una relación de equivalencia y toda relación de equivalencia determina una partición, nos encontraríamos en principio con cuatro clases: lenguas analítico- y sintético-aglutinantes más lenguas analítico- y sintético-flexivas, si no introducimos otros criterios de partición que estos dos únicos. Y, desde el punto de vista de la lógica del método, poco significaría el que alguna o varias de tales clases estuvieran vacías a no ser que se llegara a demostrar que este hecho no era casual, sino producido por alguna relación de solidaridad entre hechos de naturaleza aparentemente diversa.

La introducción de varias dimensiones en la clasificación es obra de Edward Sapir antes que de ningún otro. Este lingüista presentó un esquema de sistema como uno de los capítulos de su *Language*, 1921, libro que a una extrema agudeza une una exposición fácil y elegante y una brevedad muy poco común en esta clase de trabajos. Muchos años después, las ideas de Sapir tuvieron prolongación en un sentido muy preciso que ya estaba en cierto modo contenido en *Language*. En su «A quantitative approach to the morphological typology of language», reimpresso en 1960 en *International Journal of American Linguistics*, Greenberg tomó, puesto que una lengua no es o aglutinante o no aglutinante, sino que puede poseer esa propiedad en grado diverso, el camino de la cuantificación de manera abierta y decidida.

La lengua como sistema abstracto, en el sentido saussureano de la palabra, se presta poco, mejor nada, a la cuantificación. No así el habla, los textos orales o escritos, que podrían ser el paraíso mismo para los estadísticos amigos de las grandes poblaciones. Greenberg tomó, pues, textos de cada lengua que quería situar en el punto que le correspondía, según la medida de diez índices, en un espacio de cinco dimensiones. Tovar lo ha aplicado a la lengua vasca, en comparación con otras once lenguas o estados de lengua, en su artículo «Comparaciones tipológicas del euskera», aparecido en *Euskera*, Boletín de la Real Academia de la Lengua Vasca, 22 (1977), 449-76.

En mi deseo de no pecar por omisión aun en una enumeración tan sumaria como ésta, señalaré de pasada que la línea clásica, la de Finck en el fondo, ha tenido también una continuación, quizá un tanto sorprendente, en las ideas de Ernst Lewy, expuestas sobre todo en *Der Bau der europäischen Sprachen*, 1942, y de algunos seguidores.

Digo 'sorprendente' porque aquí la clasificación, sin dejar de ser tipológica, tiene muy en cuenta el género de hechos que se suelen atribuir a la afinidad. A esto apunta también el uso frecuente de denominaciones de carácter geográfico. 'Lenguas europeas', 'lenguas atlánticas', etc., parecen apuntar a espacios en que cierta clase de fenómenos se encuentra difundida. En otras palabras, se diría que, al menos a veces, se trata de caracterizar áreas más que lenguas.

Esto ha sido mencionado de pasada, pero hay otro desarrollo debido también a Joseph H. Greenberg que sigue siendo muy actual y va a constituir el centro de estas breves consideraciones. Greenberg aceptó la sugerencia ya antigua de Roman Jakobson en el sentido de que la tipología tenía que basarse en la implicación, entendida ésta como es natural en sentido empírico y no lógico. La forma lógica de la implicación es la condicional, si *a* entonces *b*, lo cual trasladado a nuestro campo vendría a decir que, si una lengua posee el rasgo *a*, posee también el rasgo *b*.

Esto, si pudiéramos anteponer a la fórmula un cuantificador universal, obraría milagros. Pero serían milagros sobre el papel conseguidos en el reino atemporal de la sintaxis lógica, y no en el dominio de las lenguas del mundo sublunar. Greenberg tiene, pues, que contentarse, y nosotros con él, con afirmar que, si una lengua tiene la particularidad *a*, también suele tener la particularidad *b* con una frecuencia (mucho) mayor que la que cabría atribuir al puro azar.

Desde la conferencia de 1961 en que se presentó y desde que la ponencia apareció en un volumen colectivo, *Universals of language*, 1963, se ha visto y se sigue viendo que esto funciona, dentro de ciertos límites, y que permite por lo tanto descubrir conexiones entre rasgos de una lengua que, lejos de ser evidentes, pasan a menudo inadvertidos a primera y aun a segunda vista.

Pero, según reza el título de su trabajo («Some universals of grammar with particular reference to the order of meaningful elements»), Greenberg fue más allá y propuso un rasgo central, el orden de las palabras en la frase, con respecto al cual se definían muchas otras particularidades de la lengua. Y el orden de las palabras era, en primer lugar, como determinante, el orden de los elementos principales de una oración: S(ujeto), O(bjeto, se sobreentiende que directo, en principio) y V(erbo). Está claro, y por ello mismo no necesita advertencia especial, que O puede y suele faltar en nuestras lenguas en muy numerosas ocasiones.

Greenberg vio enseguida que los seis órdenes posibles en abstracto se reducían en la práctica (no hay que olvidar que se habla siempre del orden básico o dominante de una lengua) a tres: VSO, SVO y SOV. El autor los simbolizó por I (sería el del árabe, el del hebreo bíblico y el del irlandés antiguo), II (bien conocido por aquí, ya que es el del castellano, el del francés, etc., pero también el del griego clásico) y III (que es el orden del latín o el del vasco). Recuérdense esos híbridos a que por pobreza de imaginación tantas veces recurrimos en clase: *Petrus Paulum cecidit*, *Pierre tua Paul* o *gizonak gizona ikusi du*.

Hace tiempo que se señaló, y de tiempo en tiempo se insiste sobre lo mismo, que una deficiencia grave de la gramática generativa y transformativa, tal como aparece propuesta por Chomsky (al menos hasta sus penúltimas formulaciones), es su incapacidad para mostrar, salvo de forma oblicua, las relaciones de dependencia entre miembros de una construcción, relaciones que son evidentemente importantes para cualquiera que se interese por el lenguaje, y no solamente para teóricos de la dependencia desde Tesnière y sus lejanos precedentes medievales hasta Hays y sucesores. Si consideramos estas relaciones atendiendo al orden lineal en que se dan sus elementos, suele saltar a la vista que hay lenguas en que la relación de dependencia tiende

a dirigirse hacia la derecha, cualquiera que sea la construcción que se tome en consideración, o bien hacia la izquierda. Esto ocurre, como se sospechará, de manera más consecuente en unas lenguas que en otras: éstas pueden, pues, representar tipos más o menos puros o mezclados.

En las dos columnas que ahora presento, siguiendo aproximadamente a Th. Vennemann, aparecen los componentes de algunas construcciones bipartitas, encabezadas por *II* y *III*. Entiéndase esto en el sentido de que en las lenguas con orden básico SOV en la oración las clases gramaticales alineadas bajo *II* tienden a preceder a las siguientes, al contrario de lo que ocurre con las lenguas SVO, donde *III* suele anteponerse a *II*:

<i>II</i>	<i>III</i>
O	V
Adv	V
V Pers	Aux
V Pers	V Modal
Atributo Nom:	
Rel	
Gen	N
Adj	
Término de comp	Adj. comparativo
N	Postpos (Prep)

La contraposición entre castellano y vasco sería clara en los siguientes casos: *Gizonak gizona ikusi du* 'el hombre al hombre ha visto : el hombre ha visto al hombre; *ongi ikusi du* : lo ha visto bien; *ikusi du* 'visto lo-ha' (un verbo transitivo vasco tiene que incorporar la referencia al objeto) : ha visto; *ikus (ahal) dezaket* : puedo verlo; *ikusi nuen gizona* 'visto había-que hombre-el' : el hombre que vi; *gizonaren etxea* : la casa del hombre; *etxeo gizona* : el hombre de la casa; *elurra baino zuriago* 'nieve que más blanco' : más blanco que la nieve; *gizon-a-rekin* : con el hombre; *gizon-a-ri* : al hombre, etc.

En la construcción *adj. atributo + nombre* se observa inconsecuencia de una parte y de otra: *aurora roja* como *egunsenti gorria* (cf. *red sunrise*). Esto sin embargo no es inevitable en castellano (hay hasta una clara tendencia a anteponer el adjetivo en la lengua escrita de hoy), pero sí lo es en vasco: *mala hierba* no podría traducirse, en cuanto al orden de las palabras, más que por el rutinario *belar txarra* «hierba mala».

Mientras aquí hay una coincidencia general, aunque no llegue a ser total, la contraposición de ambos órdenes es llamativa en la construcción *nombre + determinante* (artículos, demostrativos, pero no

numerales): *gizon-a* 'el hombre', *gizon bat* 'un hombre' (es decir, *a man*), *gizon hau*, *hori*, *hura* 'este, ese, aquel hombre', etc.

No tengo la menor intención de sacar de los materiales contrapuestos que acabo de presentar consecuencias de largo alcance o de bosquejar generalizaciones que, como se suele decir ahora, acierten a capturar aspectos no triviales de algunos tipos lingüísticos. Pero, aun sin ambiciones teóricas, bien podrían servir para ilustrar las dificultades que el hablante puede encontrar al pasar de un sistema al otro, a no ser que domine ambos con una competencia suficiente que le impediría, si no es un realista condenado a no poder expresarse sin reflexión, caer en la cuenta de los abismos que está franqueando al pasar de una lengua a la otra y al volver de ésta a la una.

Puesto que me he adentrado en un conato de ofrecer al menos un atisbo de la estructura de la lengua vasca, no tengo más remedio que decir algo sobre la llamada construcción ergativa de la oración que —según se suele afirmar, aunque no con entera verdad— es algo completamente extraño para gentes de primera lengua indoeuropea. La verdad es que, como intentaré mostrar aquí, la ergatividad (lo que los rusos llaman *èrgativnost'*) no siempre se da en estado puro ni sus huellas resultan siempre fáciles de descubrir.

Para abreviar la introducción, será mejor dar de lado la distinción, importante en algunas lenguas, entre sujetos activos e inertes: hay a este respecto una clara diferencia según se trate de *está* o *yace*, de una parte, y de *corre* o *hace*, de la otra. Pero en una lengua como el latín, que tiene casos superficiales, el nominativo *homo* será igualmente sujeto de *est* (*manet*), *iacet*, *currit* y *facit*.

Seguimos hablando en términos de latín o de castellano. Como acabamos de ver, la expresión del sujeto es siempre la misma, tanto si el verbo expresa una acción o un estado, lo mismo si éste es transitivo o intransitivo. Bien al contrario, en una lengua que emplea la construcción ergativa (supondremos, por sencillez, que la emplea de manera consecuente), no sería igual la expresión del sujeto de un verbo transitivo que la del sujeto de uno intransitivo. Esta coincidiría en la superficie con la expresión del *objeto* de un verbo transitivo.

Está muy generalizado que no haya en una lengua más que dos expresiones distintas para tres elementos de la oración. Las lenguas como el latín o los romances, que usan la construcción de la oración llamada acusativa (no nominativa!) no distinguen sujeto de verbo intransitivo (Sintr) de sujeto de verbo transitivo (Str): así en latín, según acabamos de ver, ambos van en nominativo. Pero lo que se confunde en las lenguas de tipo ergativo es el objeto de un verbo transitivo (O) con el sujeto de uno intransitivo. Mejor dicho tiende a

confundirse, al tiempo que se distingue de ellos el sujeto de verbos transitivos, al que se le asigna una posición singular.

El cuadro de la doble distinción, realizada de dos maneras diferentes, es, poniendo a la izquierda el tipo ergativo y a la derecha el acusativo:

O	
Sintr	}
Str	}

Naturalmente, la primera forma de expresar estas distinciones e indistinciones que se le ocurre a uno es el uso de casos diversos en una lengua cuya morfología cuenta con desinencias casuales manifiestas. Así, para 'el hombre ha venido' y 'el hombre ha visto al hombre' tendríamos, en vasco y en latín respectivamente:

(gizonak) gizona ikusi du / (homo) hominem uidit	}
gizona etorri da / homo uenit	
gizonak (gizona) ikusi du / homo (hominem) uidit	

Esta manera de manifestación es, repito, la que parece más natural, al menos a primera vista. No voy a explicar a nadie lo que puede ser un acusativo, pero acaso sí convenga subrayar que hay lenguas, y la vasca es una de ellas, que poseen un caso destinado a la expresión del sujeto de verbos transitivos, el ergativo, que es un caso aparte puramente gramatical como destinado a esa función (y esto es lo que sucede en vasco) o bien puede coincidir formalmente con algún caso oblicuo que cumple también otros menesteres.

Pero hay también otros medios, que pueden conducir a los mismos fines. Así el orden de las palabras, en francés o en inglés, por ejemplo, que no son menos lenguas 'acusativas' que el latín, a pesar de no tener marcas casuales fuera de los pronombres personales. O bien la configuración del verbo personal. Vasc. *n-abil*, de *ibil* 'andar', significa 'yo ando', pero *n-akar*, de *ekar* 'traer', es '(alguien) me trae' no 'yo traigo', que eso se dice *d-akar-t*, con *-t* índice de primera persona sing. agente: *d-* se refiere al objeto de 3.^a pers., '(yo) lo (traigo)'

No hay más remedio que cortar en seco, ya que las ramificaciones de un tipo y otro son demasiado complicadas y, más que nada, están demasiado entremezcladas. Me contentaré, por lo tanto, con decir que, de las lenguas de las que tengo alguna noticia relacionada con la construcción ergativa, la vasca es la que la aplica de manera más sistemática y la que se permite un número menor de infracciones a la regla general: tratándose de verbos transitivos hay ergativo tanto con nombres como con pronombres (incluso personales), tanto con

nombres animados o racionales como con inanimados, sea cual fuere el tiempo, el aspecto o el modo del verbo, etc.

Ha quedado, con todo, sin mencionar siquiera una última cuestión que exige respuesta hasta en una presentación tan somera como ésta, y la cuestión podría resumirse en unas preguntas. En primer lugar, ¿cuál es el sujeto de una frase vasca transitiva? ¿Es el que va expresado en caso absoluto o caso cero y es así común, hablando en términos de su versión a una lengua de tipo acusativo, a *Sintr* y a *O*, o es más bien el que lleva el *Str* en ergativo? Más todavía y más difícil, ¿es que tiene sentido seguir hablando de sujetos en una lengua de este cuño?

Por lo que me toca, si creo que hay que contestar afirmativamente a esta pregunta, anterior en el orden lógico a la primera. Tiene pleno sentido hablar aquí de la relación 'sujeto de' y de sus correlatos; hasta creo que es útil y saludable hablar de ello. En cuanto a la anterior, pienso que el sujeto debe ser identificado en una frase intransitiva con el elemento nominal que va en caso absoluto o cero (en absoluto, según suelen escribir en inglés), pero también pienso que, a pesar de la diferencia de forma, hay que tomar el elemento nominal en ergativo como sujeto de una frase transitiva. Tendríamos, pues, separando el sujeto a la izquierda, tanto *gizona / etorri da* 'el hombre ha venido' como *gizonak / gizona ikusi du* 'el hombre ha visto al hombre'.

Sujeto y ergativo, sobre todo si se entiende por éste el mero componente nominal portador de cierta marca casual, *-(e)k* en vasco, no son nociones que pertenezcan a un mismo nivel lingüístico: admitido esto, y es difícil no admitirlo, huelga añadir cuál de los dos corresponde a un nivel más somero. Y, salvo prueba en contrario, se diría que parece inconveniente renunciar sin más a relaciones profundas que pueden servir para dar razón de hechos sintácticos de niveles más accesibles a la observación directa.

S. R. Anderson examinó en 1976 casos vascos de elisión pronominal bajo referencia idéntica. Tenemos, por citar alguna muestra, *ikusi nahi dut* 'quiero ver' que ha de entenderse, sin lugar a dudas, como *(nik) ikusi (nik) nahi dut* '(yo) quiero ver (yo)', con *nik (ni-k)* en ergativo nada anómalo, puesto que *ikusi* es también transitivo en este ejemplo. Lo decisivo es que nada cambia aunque sustituyamos el transitivo por un intransitivo: se dice, del mismo modo, *etorri nahi dut* 'quiero venir', a pesar de que aquí se trataría de *(ni) etorri nahi dut (nik)* '(yo) quiero venir (yo)'.

La referencia a la 1.^a pers. sing que aparece aquí, podría decirse-me, va incorporada en forma de índice personal *-t* al verbo auxiliar: la primera persona a que nos remite no necesita, por otro lado, ninguna precisión en cuanto a la referencia. Pero se da el caso de que exacta-

mente lo mismo sucedería con una 3.^a pers. en que la referencia podría en principio ser equívoca. Con todo, volvemos a hallarnos ante lo mismo: se dice *ikusi nahi du* 'lo quiere ver', es decir, (*honek*) (*hau*) *ikusi nahi du (honek)* '(éste) (lo) quiere ver (éste)', lo mismo que *etorri nahi du* 'quiere venir', en otras palabras (*hau*) *etorri nahi du (honek)* '(éste) quiere venir (éste)', donde *hau* se equipara a *honek* a pesar de la diferencia de forma.

También se ha mencionado entre nosotros la existencia de otros fenómenos de correferencia que no suelen ser ambiguos, a pesar de que se diría que deberían serlo si uno se mantiene fiel a ciertas doctrinas lingüísticas muy apegadas a lo somero. En oraciones como *eraman du eta etorri da* 'lo ha llevado y ha venido', *etorri da eta eraman du* 'ha venido y se lo ha llevado', incluso cuando uno de los verbos va empleado en forma no personal, como ocurre en *eramanik etorri da* 'habiéndolo llevado, ha venido' o *etoririk eraman du* 'habiendo venido, se lo ha llevado', ningún conocedor de la lengua duda (salvo acaso si la situación es completamente anómala), de que quien realiza la acción de llevar, su actor, es el mismo que realiza la acción de venir, y viceversa. Y, aunque entra dentro de lo posible que se llegue a decir *hau eramanik etorri da hau*, por ejemplo, 'habiendo llevado a éste, ha venido éste', no se identifican, sin embargo, el *hau* llevado y el *hau* que ha venido, sino que, bien al contrario, este último *hau* coincide en cuanto a la referencia con el *honek* no expreso que ha realizado la acción de llevarse a 'este (otro)'.

Y aquí, resumo, se encuentra la raíz más profunda de que el euskaldun corriente y moliente se haya mostrado decididamente refractario a aceptar la concepción pasivista del verbo vasco, que no hace tantos años todavía dominaba entre los mejores tratadistas, a partir sobre todo de Schuchardt. El hablante ingenuo no podía aceptar la identificación de cosas que para él eran inidentificables, como tampoco podía aceptar que se rechazara lo que él espontáneamente y de todas todas identificaba.

En esta brevísima exposición, resalta todavía más su insuficiencia por el hecho de que ni siquiera se ha mencionado lo que los de Copenhague llamaban el plano de la expresión. La omisión, debo confesarlo, ha sido voluntaria. No ofrecía dificultad especial para mí, ya que mis trabajos se han referido por lo general a él, más que al plano del contenido. Una caracterización esquemática, por otra, habría dado más luz en ese terreno que en el que he escogido para estas consideraciones.

La razón principal de mi abstención consiste en que, aunque haya una solidaridad entre ambos planos (uno no podría existir sin el otro y viceversa), todavía no se han encontrado, que yo sepa, las estructuras de implicación que ligan, por ejemplo, la existencia de oclusivas recursivas con la construcción ergativa, o al revés; la tendencia a la sílaba abierta con el orden SVO, etc., etc. No parece, hoy por hoy, demasiado fácil que se encuentren y, en todo caso, éste no sería el lugar más apropiado para buscarlas.

P. S.—En lugar de dar una bibliografía, necesariamente insuficiente en vista de lo que se publica sobre este tema, acerca del ergativo, la construcción ergativa de la oración o la ergatividad como tipo, creo que lo mejor será dar la referencia de una obra colectiva, en lengua de fácil acceso y en la que han colaborado algunos autores que conocen muy bien los hechos vascos. Me refiero a: *Ergativity. Towards a theory of grammatical relations*, ed. by Frans Plank. Academy Press. London, New York..., 1979.

Señalo que hay abundante y sólida bibliografía soviética (Klimov, etcétera). El estadalismo marrista despertó, por obra ante todo de Meščaninov, un vivo interés por el tema, lo que constituye una de sus pocas contribuciones positivas a la lingüística, al lado de tantos desastres.